

ner el reconocimiento internacional del México constitucionalista. Luego, Margarita Silva H., estudia el proyecto unionista centroamericano a partir del itinerario del nicaragüense Salvador Mendieta y del análisis de sus trabajos *Páginas de Unión* (1903) y los tres tomos de *La enfermedad de Centro América* (1^o T: 1912 - 3^o T: 1934). Atendiendo a la influencia que el positivismo, la teosofía y el naturalismo de Zola ejercieron sobre este intelectual, la autora da cuenta de la relevancia que Mendieta asignó al proyecto de Unión Centroamericana para consolidar la zona como nación y emprender su regeneración social. En quinto lugar, María Oliva Medina examina tres obras del guatemalteco Máximo Soto Hall publicadas en 1899 y 1927-1928 con el propósito de señalar el modo en que la problemática de la expansión norteamericana penetró sus ensayos y escritos literarios y el modo en que éstos permiten dar cuenta de la evolución conceptual del imperialismo. Por su parte, Blanca Mar León Rosabal se detiene en la trayectoria intelectual de Luis Araquistain y en el análisis de su libro *La agonía antillana* (1928) en el cual el periodista español reflejó su experiencia de viaje por el Caribe antillano. La autora busca allí dilucidar las condiciones que hicieron posible esa representación de la situación de las ex colonias españolas y lo condujeron hacia un total escepticismo respecto a las posibilidades de afirmación soberana de esas naciones. Posteriormente, Alexandra Pita González y María del Carmen Grillo exploran las influencias modernistas, anarquistas y arielistas del escritor argentino Alberto Ghirardo a fin de comprender las imágenes y los símbolos con que ese intelectual elaboró su denuncia del imperialismo norteamericano y su contrapropuesta defensiva de unión hispanoamericana en *Yanquilandia Bárbara* (1929). El artículo de Fabio Moraga recorre el trabajo *El nacionalismo continental* (1925, ampliado y reeditado en 1935) de Joaquín Edwards Bello para desentrañar la evaluación del escritor chileno acerca de la condición de decadencia en que su propia nación —y América Latina en general— se encontraban tras la independencia y escrutar su ideal de unidad continental con el que aspiraba a asegurar la preeminencia de la nación chilena. El anteúltimo ensayo corresponde a Martín Bergel quien, a partir del estudio del itinerario juvenil del apista peruano Manuel Seoane y del registro de su viaje a Bolivia publicado en el libro *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia* (1926), aborda los momentos primigenios de la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) a fin de iluminar algunas de las prácticas desarrolladas por su núcleo inicial y la conformación de su

ideario político en el cual el antiimperialismo ocuparía un lugar central. Finalmente, el artículo de Carlos Marichal Salinas se propone una tarea que permanece aún poco explorada por los historiadores latinoamericanos: la pesquisa del universo de escritores antiimperialistas norteamericanos. En ese sentido, el autor reseña parcialmente los principales autores, libros y revistas que conformaron ese espacio intelectual y se detiene luego en la revisión de *Dollar Diplomacy: a study in american imperialism* (1925) de Nearing Scott y Joseph Freeman el cual ha sido uno de los textos más influyentes de esa tradición.

Los ensayos incluidos en *Pensar el antiimperialismo*, tal como proponen Pita González y Marichal Salina, amplían el repertorio de discursos críticos y denuncialistas del intervencionismo y expansionismo norteamericano sobre la región formulados tanto por intelectuales latinoamericanos como, también, por estadounidenses entre 1900 y la década de 1930. Asimismo, refieren al modo en que sus reflexiones sobre el desarrollo del gran coloso permearon sus propias consideraciones sobre la identidad latinoamericana resultando, en mucho de los casos, en una recuperación positiva del legado hispánico cuyos valores e ideales eran contrapuestos a los de la civilización sajona o anglosajona. Pero, tal vez, lo que trasluce con mayor fuerza en los distintos artículos es la preocupación que esos intelectuales mostraron por la afirmación de la soberanía de sus naciones tanto como por las vías y posibilidades de asegurar su progreso. Sin duda, estas problemáticas anidan en todas las expresiones antiimperialistas del período pero, quizás, sea posible sopesar en qué medida las preguntas que reflejan estos textos remiten principalmente a una cuestión identitaria o si se articulan mejor en torno a los interrogantes que sus propias coyunturas abrían acerca de la factibilidad del ingreso de los países de América Latina en la senda de la modernidad.

Silvina Cormick
(UNQ)

A propósito de Mina Alejandra Navarro, *Los jóvenes de la "Córdoba libre!"*. **Un proyecto de regeneración moral y cultural**, México, Nostromo Ediciones, 2009, 235 pp.

En *Los jóvenes de la "Córdoba libre!"*, Navarro nos invita a descubrir a la "generación del 14"

cordobesa, esto es, a los jóvenes intelectuales que en 1916 se reúnen para dar vida a la *Asociación Córdoba libre* y, una vez iniciada la Reforma Universitaria, se convierten en su usina ideológica. Aunque algunas notas de la época y memorias señalaban a los miembros de la asociación como protagonistas clave de la modernización cultural de la ciudad y específicamente de la Reforma, no se contaba aún con una reconstrucción de los principales episodios y figuras, ni con un análisis de su relevancia. Navarro llena ese vacío, pues no sólo presenta las ideas de los jóvenes profesionales que, como Deodoro Roca, Saúl Taborda, Arturo Orgaz y Arturo Capdevila, se reconocían miembros de la generación del 14, sino que además se preocupa por las instancias materiales implicadas en la circulación de esas ideas. Los cuatro capítulos del libro arrojan luz sobre las características de la regeneración intelectual y moral emprendida por "*Córdoba libre!*": la trayectoria intelectual de sus protagonistas, la resistencia pública que opusieron los partidarios de la cultura clerical, así como el apoyo ofrecido por los impulsores de la modernización laica, el aliciente que significó la llegada a la ciudad de Ortega y Gasset a fines de 1916, y también los contactos con fracciones renovadoras porteñas como el Partido Socialista y el activo —y hoy prácticamente olvidado— Ateneo Universitario. Esta cuidadosa investigación realiza un aporte sustantivo a la historia de la cultura cordobesa y de la universidad argentina, aporte que se inscribe dentro de un conjunto de trabajos recientes que vienen enriqueciendo la mirada sobre ambos campos.

En el primer capítulo, Navarro se detiene en la genealogía que construyeron los jóvenes del 14 con la Asociación de la Joven Generación Argentina de 1838, y descubre allí un hilo significativo para revisar la historiografía sobre el proceso de modernización cordobés. Mientras que en Buenos Aires tendieron a oponerse liberales y conservadores, en Córdoba se registraría una dialéctica entre clericalismo y laicismo. Pues, a pesar de que desde Sarmiento la "ciudad docta" quedó asociada a lo reaccionario y monacal, Navarro registra la existencia de una fracción laica que entró tempranamente en tensión con la cultura clerical, y que a partir del impacto de la Gran Guerra se preguntó por la posibilidad de una "democracia americana". Además de los itinerarios de Roca y Capdevila, un índice de ese laicismo es el hallazgo de "Las ideas sociales de Echeverría", monografía escrita en 1912 por Orgaz y reproducida en el Anexo del libro. El interés programático por el protagonista más



radical de la generación del 37, así como el hecho de que el texto haya sido elaborado para aprobar el curso de Sociología de la Facultad de Derecho son una clara prueba de ese filón laico, que encontró difusión incluso al interior de la “archicatólica” Universidad de Córdoba. En ese sentido, quedan aún por revisar los puntos de contacto y diferencia entre la modernización alentada por “Córdoba libre!” y el profesor del curso, pues Enrique Martínez Paz no sólo propagó ideas sociales laicas, sino que entre 1914 y 1918 dirigió la *Revista de la Universidad de Córdoba* y, en los años de mayor radicalidad del movimiento reformista, fue identificado por los estudiantes como un importante referente, a tal punto que éstos alentaron su candidatura a rector en las conflictivas elecciones de 1918 que marcan el inicio de la Reforma.

El segundo capítulo revisa las memorias y los periódicos para reconstruir paso a paso el proceso que llevó a la fundación de “Córdoba libre!”. Entre esas instancias se encuentran la organización en 1916 de un ciclo de conferencias populares en la Biblioteca Córdoba, la censura intentada por la Iglesia a través del diario *Los Principios*, la defensa de la libre expresión que emprendió el diario *La Voz del Interior*, la aparición del manifiesto con el que los jóvenes profesionales lanzan “Córdoba libre!” y la campaña liberal, cuya primera manifestación fue la conferencia de Alfredo Palacios en el teatro más importante de la ciudad. El capítulo concluye con el repaso del itinerario de Capdevila. Allí Navarro destaca que el laicismo y el americanismo fueron sus constantes ideológicas y también el punto de convergencia con Leopoldo Lugones. A esto podemos añadir un episodio que ilumina la multiplicidad de rasgos de la política anticlerical proyectada por los ideólogos de la Reforma: la destacada participación de Capdevila en el movimiento cordobés lo lleva en 1921 a la dirección del *Boletín de la Facultad de Derecho*, donde publica dos capítulos inéditos de *El dogma de obediencia*, libro en el que Lugones todavía se muestra admirado por la Revolución Rusa y la concibe como la última instancia de la libertad griega en su lucha contra la obediencia cristiana.

El tercer capítulo se detiene en la primera visita de Ortega y Gasset. Da cuenta del aliciente que las conferencias del filósofo madrileño brindaron al proyecto regeneracionista cordobés y las huellas juvenilistas que dejaron en el *Manifiesto liminar* de 1918, firmado por los representantes de la Federación Universitaria de Córdoba pero redactado por Roca y corre-

gido por Taborda. A partir de esa lúcida reconstrucción cabe preguntarse si el antipositivismo de Ortega fue tan monóticamente aceptado entre los partidarios de la “nueva sensibilidad” como ha propuesto Coriolano Alberini o si se deben considerar también las reticencias a esa filosofía que mostraron Alejandro Korn, José Ingenieros y otros filósofos locales cercanos al socialismo. Otro interrogante es si “Córdoba libre!” tomó el discurso juvenilista únicamente de Ortega o, más bien, ese discurso emerge de un proceso de recepción de los intelectuales identificados con la “renovación española”, entre los que se encontraba el filósofo catalán Eugenio d’Ors, quien a instancias de Roca llega en 1921 a la Universidad reformista de Córdoba.

El último capítulo Navarro lo reserva al itinerario de Saúl Taborda, el pensador más original de “Córdoba libre!”. El análisis que allí ofrece tanto de la constante antiliberal que recorre el pensamiento de Taborda como de las distintas recepciones de su obra constituye un interesante aporte para un estudio futuro de este intelectual tan poco comprendido en su época.

En definitiva, a lo largo de sus doscientas páginas el libro ofrece una amplia reconstrucción del escenario cordobés que ayuda a comprender la rápida articulación alcanzada por la Reforma, pero también sugiere varias líneas de investigación para continuar precisando tanto la historia cultural cordobesa como la historia de la universidad argentina.

Natalia Bustelo
(CeDInCI-UBA-CONICET)

A propósito de Luis Ignacio García, La crítica entre culturas. Estética, política, recepción, Santiago de Chile, TEHA, Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2011, 185 pp.

Los libros son artefactos extraños, raros, fascinantes. Si no estuvieran tan naturalizados, se volverían completamente ininteligibles. En un punto, un libro es comparable a un edificio: permanece ahí, incólume, cuando el tiempo que lo vio nacer ya caducó. Y sin embargo, esa persistencia hace que se actualice a cada momento, difiriendo siempre de sí mismo. Por eso, un libro, como un edificio, es siempre una cita anacrónica, una temporalidad múltiple, y en él convergen y divergen diferentes estratos. El libro, es necesario señalarlo, es la forma *moderna* en la que, a partir

de la invención de la imprenta, el pensamiento se ha expresado. Pero no deberíamos aquí confundir entre un proceso histórico y los modos de entenderlo. Así, recién hacia la segunda mitad del siglo XX fue posible asumir que el pensamiento era inescindible de las formas de su escritura, bajo cuyas leyes se rige, en lo que se conoce como “giro lingüístico”. Roger Chartier, por otro lado, abrió un novedoso campo de problematizaciones en la historia intelectual al señalar que “no existe texto fuera del soporte en el que se presenta para ser leído”. Una historia material de las ideas, imprescindible para avanzar en una teoría material de la cultura, entonces, busca indagar en las redes de circulación, en los espacios de sociabilización, en las prácticas de transmisión —ya sea de escritura o de lectura—, en los soportes materiales, y en los diferentes sentidos y valores que en un determinado campo social adquiere el libro. Dicha perspectiva permite, por tanto, restituir la historicidad de los procesos sociales y culturales por medio de los cuales las ideas se transmiten, se transmutan, se modifican. Este doble giro, “lingüístico” y “material”, ha permitido desplegar en toda su potencialidad y productividad el espacio de problematización de la escritura y de la lectura. En resumen, para comenzar a desvelar los misterios del libro y de aquello que atesora en su interior, no es sólo necesario interrogar su contenido, sino también sus formas.

La crítica entre culturas de Luis García no es estrictamente sobre libros, y sin embargo, ellos son sus principales protagonistas. El trabajo de García nos coloca en la intersección entre libros, cultura, historia, política, estética, bajo el presupuesto de que pensar uno de estos términos, es pensar las relaciones que entre ellos se establecen. El principal motivo del libro es la interrogación por las alternativas de la recepción de las teorías materialistas de la cultura de Walter Benjamin y de Bertolt Brecht en Argentina y América Latina. Con todo, sus nombres aparecen más bien como puntos nodales de una serie de cuestiones que buscan problematizar los procesos de transmisión cultural. Uno de los aspectos que más se destacan del aporte de García es la ductilidad por la que pasa por contextos, autores y campos diversos. Quisiéramos detenernos sólo en algunos.

El método. El tema de la “recepción” tiene una larga tradición tanto en filosofía como en historia intelectual. La perspectiva utilizada por García plantea un productivo cruce entre, por un lado, las miradas renovadoras que, como